

Dominique BOURMAUD, *Cien años de modernismo: genealogía del Concilio Vaticano II*, Fundación San Pío X, Buenos Aires, 2006, 448 pp, 24 x 16 cm.

El año 2007 es el centenario de la aparición del decreto *Lamentabili* (8-julio-1907) y de la Encíclica *Pascendi* (8-septiembre-1907), ambos de San Pío X, Papa cuyo pontificado estuvo marcado por la crisis religiosa causada por el modernismo, una corriente de pensamiento de la que se puede decir con toda propiedad que ahora cumple cien años sin que ello signifique ocultar sus precedentes, algunos remotos, ni pensar que se trata de una ideología superada.

De ambas convicciones “el modernismo viene de muy atrás y está más vivo que nunca” participa el autor de este libro, un sacerdote francés, nacido en 1958 y ordenado en 1981, que ha enseñado filosofía y teología en los Estados Unidos, Argentina y Australia. El padre Dominique Bourmaud confiesa en la introducción que no pretende escribir como un intelectual ni como un especialista sino como un amante de la verdad cristiana a quien el deseo de ayudar a las almas le mueve a estudiar el error moderno.

Sin embargo, por la bibliografía empleada y la profundización filosófica y teológica en las diversas cuestiones tratadas, la obra que estamos comentando se mueve en un terreno que podríamos considerar de alta divulgación, fruto de una reflexión madura y argumentada.

Ya en el *Syllabus*, catálogo de los errores modernos anexo a la encíclica *Quanta Cura* (8-diciembre-1864), Pío IX pretendía enumerar los principales errores de nuestro tiempo. Pero estos errores, en el último de los artículos, son identificados con la sustancia misma de la moderna civilización que resulta toda ella condenada. Dada la escasez de censuras establecidas contra artículos teológicos concretos, y dada la amplitud de la censura infligida a las opiniones dominantes en el siglo, el *Syllabus* parece más una denuncia del estado del mundo moderno que un síntoma de crisis de la Iglesia, porque las proposiciones que el documento recoge conciernen no a una interna contradicción de la Iglesia con sus principios, sino a una contradicción del mundo con el catolicismo. Por el contrario, la crisis modernista es ya crisis de la Iglesia. Y la diferencia con el *Syllabus* se manifiesta ya en el título pues ahora se enumeran los errores de los modernistas acerca de la Iglesia, la revelación, Cristo y los sacramentos. Además, el documento no condena partes separadas sino un espíritu inmanente a todas ellas y que es el fruto amargo, aplicado ahora a las materias puramente teológicas, de la misma filosofía de la independencia de la razón sin referencia a Dios condenada en el *Syllabus*.

Antes de adentrarse en los precedentes del modernismo y en su expansión posterior, el autor expone los fundamentos de lo que denomina la “herencia cristiana”: Aristóteles y la filosofía del ser; San Agustín y la Revelación del Hijo de Dios; Santo Tomás y la teología dogmática. Y nos parece un camino muy adecuado porque así se evita que predomine el tono de oposición y crítica que necesariamente habrán de tener las restantes páginas del libro. La mejor forma de demostrar los vacíos del modernismo es poner de manifiesto cómo hay tres evidencias que constituyen toda la herencia del catolicismo: «*que la fe es racional; que la Revelación de Jesucristo tuvo lugar, atestiguada por las profecías y los milagros, tan ciertos como la muerte de San Pablo o la existencia de la Iglesia; y que el ser y la verdad, religiosa o no, son tan inmutables como Dios mismo. El hombre cambia de ideas y se equivoca a veces, los hombres de Iglesia cambian y pueden equivocarse, pero los principios fundadores son eternos e infalibles. La Revelación y la fe serán mañana las mismas que ayer y hoy*» (p.424).

A continuación, se estudia el modernismo protestante enraizado en la teología luterana y que tiene su fundamento filosófico en Kant y Hegel. Algunas de sus creaciones serán el Evangelio mítico de Strauss y la religión de la conciencia de Schleiermacher. Las condenas y medidas disciplinarias de San Pío X pondrán coto a la difusión del modernismo en las filas católicas (recordemos a autores como Loisy y Tyrrell) pero no podrán evitar la aparición del neomodernismo, término que el autor aplica a la “*Nouvelle Théologie*”, objeto de reprobación por Pío XII en la *Humani generis* y de crítica por autores tan relevantes como Garrigou-Lagrange, Cornelio Fabro y el Cardenal Siri. Se podrán o no compartir las objeciones que el padre Bourmaud hace al “viraje antropológico” de Karl Rahner pero es indiscutible que su sistema sirve como clave de lectura para entender el Concilio Vaticano II y a Juan Pablo II. Con esto entramos en la última parte del libro, que puede resultar la más sorprendente para muchos, pues en ella se expone la tesis: el propio Concilio y el malestar que actualmente sufre la Iglesia no es sino el resultado del triunfo de las ideas modernistas: «*No sólo la Iglesia atraviesa la*

peor tormenta de su historia, sino que se amotina contra sí misma y destruye los únicos medios de que dispone para superarla» (p.10).

Que estamos ante una obra polémica y que plantea problemas que resultan de difícil solución, es algo que salta a la vista desde la propia introducción y esperamos que esto no retraiga a ningún lector, especialmente a los que tienen un mayor bagaje filosófico y teológico para afrontar las cuestiones más directamente relacionadas con lo que Pablo VI llamó la “autodemolizione”. Por ello sería muy conveniente acompañar esta lectura de otras que se recomiendan en el mismo texto como *El Rin desemboca en el Tíber*, apasionante crónica del Concilio Vaticano II escrita por el padre Ralph Wiltgen SVD (Criterio Libros, Madrid, 199) y el trabajo imprescindible de Romano Armerio: *Iota Unum. Estudio sobre las transformaciones de la Iglesia Católica en el siglo XX* (Salamanca, 1994).

Ángel David Martín Rubio
Universidad San Pablo - CEU (Madrid)
Inst. Teológico de Cáceres